



Desde el Eo hasta el Cebrero

El pasajero en Lugo

Por ALVARO CUNQUEIRO

Alvaro Cunqueiro



Tomar al viajero en donde el Eo llega al mar, y pasearlo por mi provincia, de la que podría decir como Du Bellay que me es un reino, «et plus devantage», y despedirlo, pongo por caso, en el Cebrero, tras haberlo acompañado a la iglesia del milagro, o en Palas de Riba, después de haber pasado con él una hora viendo en el abside del Vitor la sonrisa de las donas del tiempo pasado:

«Minas donas Giocondas: en vos tódalas donas que foron no país: unhas brancas camelias, outras fros de lis».

Llevarlo y traerlo por los caminos nuestros, y darle de comer y de beber, y ponerlo a oír ríos, vientos y campanas, desde la frente marina, heroica y luminosa, hasta los pies de oscura tierra que el Sol besa. Y mostrarle al viajero lo que los hombres construyeron aquí, y cómo, desde la solemne antigüedad. Y decirle donde fueron los poetas. Reanimar un país debiera enseñarse por poetas y sus parcelas poéticas: la Terracha por Aquilino Iglesia Alvarino, el Caurel por Novoneira, Chantada por Juan de Requixo, y Lugo, la urbe, por Luis Pimentel, y Vivero por Luz-Pozo Garva y Real Insua, y Mondoñedo y su montaña por Noriega Varela, que son, con Pero de Arnaez en Lunceda, y con aquel Lopo, Juglar, que cantó la romería de San Eleu-

terio de Mirad, en Friol, y con Angel Fole y conmigo los poetas suyos provinciales... El conde de Clermont-Tonnerre, en su libro «Les bonnes choses de France», mostraba Francia por los vinos, y Walter Pater dividió Italia del Norte según los lirios, los jazmines y los cipreses. Desde un camello mostrando las rojas flores por encima de la tapia de un huerto, en Vivero, hasta las últimas carbas, en abesía ladera en los Ancares, yo podía dividir la tierra lucense por pomaradas, abedules, castañares, robledas... Pero contentémonos con los caminos que ya están hechos, y gastemos las jornadas por ellos.

Primera jornada

Pasas la ría del Eo y contemplas, sobre ella, las tres cosas: Ribadeo, Figueras, Castropol, más finas y más nerviosas que palacios. Ni el Loira de Francia lleva consigo al mar más hermoso séquito cortés. Ribado empujado castillo sobre la claridad marina, es lugar tan ventado como El sinor en Shakespeare. Ha de visitar el pasajero la Biblioteca El Viejo Fancho, ha de comer un dulce en la Bugalla, ha de saludar a Dionisio Gamallo Fierros, que es el primer monumento barroco de Ribadeo y de la provincia. Ya tengo dicho que la ría del Eo está en la gran pintura: Ostia, al amanecer, en el fondo de un Mantegna; un marino mediodía esival, en Van

Gogh; al atardecer, en setiembre, hay manchas añil y plata que están ya en Patinir, y hacia el fondo de saco de la ría, esas aguas lentas y espesas, esas nieblas que pintaron algunos ingleses: Turner, acaso. Y vuelos de patos que pintó Constablé. Dionisio Gamallo, en el muelle, apoyando la mano izquierda en un bocoy que de un barco cualquiera acaban de desembarcar, y sosteniendo en la derecha un mazo de cuartillas, es como «Pepys y las navis», en el retrato de Spencer, reflejándose en las aguas azules de la marea baja. Desde Ribadeo el pasajero puede ir al coto salmoneo del Eo a tirar unos lanchos. Los salmones cantábricos y los escoceses son los más sabrosos salmoneo del mundo: su roja carne recuerda las mejillas del rey Fabila y de los otros reyes peregrinos de Asturias.

Para la claridad de la ribera marina, abierta en largas playas, el Dante inventó un verso: «il dolce tremolar della marina». Las playas son de fina arena, abiertas al norte y al mar: Benquerencia, Reinartilla, San Bartolo, Barreiros... Viene el Masma partiendo la tierra en dos: desde la carretera contemplas, en frente, la villa de Foz, coronada por su iglesia de Santiago, y a los pies, un el lado izquierdo de su ría, una larga playa, de blanca y suave arena. Se cruza el estuario

del Masma por el puente de la Espineira, y te adentras hacia San Martín de Mondoñedo, por entre trigales ya floridos y maízales incipientes. Mi ciudad natal tomó su nombre de este cenobio antiguo, en cuyas piedras casi no osa quebrar alboros el románico. Cuando la «Crónica Albeldense» canta la paz del rey Alfonso el Casto, fundador de Compostela, pone en un verso el exilio del pastor de Dumio, en Braga, y la paz de este pequeño rincón: «Rudesindo Dumio, Mindunielo degens». Rosendo de Dumio está en Mindunielo. Está en paz. Capiteles sabrosamente historiados, un espléndido frontal, pinturas murales. Y el milagro. Aquí fué San Gonzalo, vencedor de normandos. Siempre hay un normando a las puertas de la Cristiandad. El de entonces era uno de esos poderosos reyes piratas de Noruega y de Islandia cuyas vidas nos contó Snorri Sturluson. A salir al mar y a la guerra le llamaban «a saciar el águila», por los muertos que dejaban a las ayes de rapiña. De ellos mismos decían: «Somos los enrojecedores del pico del cuervo», y por parejo motivo.

Venían felices a la tierra nuestra, a quemar y a robar, a cazar y comer el trigo, que era su plato de fiesta. Amaneció la flota en la barra de Foz, y el Santo Obispo, rezando, la hundió en el mar gris y

salado. Una enorme emigración te invade cuando contemplas el báculo y el anillo. Si yo fuésemos Obispo de Mondoñedo, os aseguro que una vez al año usaría ambos, y no por vanidad, sino por caridad... Pues está cerca, como en casa de Palmira. Es una buena y honesta cocina campesina; de gentilhombres campesinos. Truchas del Masma vecino, y un salpicón de lombriante, una encebollada de riñones y un asado. Aquí los vinos, por la vecindad del mar, son de Toral de los Vados para allá.

Las primeras horas de la tarde nos encuentran dejando la tierra marifañ. Maradona arriba, por los valles que el Masma y sus afluentes labran y decoran. Lorenzana, Villanueva de Lopeñana es con nosotros. Esa pequeña Compostela, resumida en el cantón, el palacio abacial y la fachada de Casas! Aquí fueron los señores ibnitos. Aquí fundó un conde de la edad de hierro, que peregrinó a Jerusalén, y aquí está enterrado, en un sarcófago que tiene labradas ondas, quizás recordando las de los mares de la peregrinación. Hay que visitar el sepulcro del Conde Osorio y la sacristía, con su magnífico relicario, tan bien tenida por el párroco don César Chavarria. Y seguimos hacia Mondoñedo, antes de que la noche llegue. Entre montes está, en el regazo del más hermoso valle del mundo, de un valle que tiene la medida del ojo humano. Pero yo quiero llevar aprisa al viajero, antes de que el sol se ponga, ahora que da sus últimos rayos a las oscuras, a las mareas, a las rojas piedras de la Catedral de la Asunción, a que contemple el rosetón, «la gran flor submarina» que le llamó don Ramón Otero Pedrayo. Tamizán el sol pendiente: rojos, azules, verdes, amarillos cristales. Tengo para mí que es la más hermosa ventana de nuestro país gallego, y mereco los versos que Mauricio Bacarisse dedicó a la fabulosa vidriera de la epulchra teonina, de la Catedral de León.

Vamos a cenar y dormir en Mondoñedo. Aquí se fabrica silencio y sosiego, como en Verona. Y así como Verona catada dió nombre al «veronal», Mondoñedo pudiera dárlo a otra más sutil y feliz transluciente. Vamos a recorrer las estrechas rúas en la noche, a oír cantar la Fuente Vieja, a detenernos a la una de la madrugada en la calle de Batallas a escuchar a las monjas consociadas cantar maitines. Los latines del canto no logran esconder las voces campesinas y jóvenes de las más de las tocadas doncellas del Señor.

En la cena habremos pedido de postre tarta mindoniense. En un cestillo de hojaldre, por capas, bizcocho borracho, cabello de ángel, almendra. Es una tarta canónica, un dulce antiguo y ritual.

Segunda jornada

Podemos amanecer camino del Valadouro. No hay quien convenza a los de allí que dejen de llamarle Valdeleoro a la comarca, y Oro al río. Se trata de una mala traducción de Valadouro, por creer que «ouro» significa «oro». Vemos el Masma mozo, más hermoso que el Avon shakespeareano. Paramos a otear el valle desde el Castrodouro. Contemplamos la ancha y áspera teoría de montañas que cierra el valle, los rudos contrafuertes que cierran el paso hacia el Cantábrico. Entre ellos, una cumbre para la historia gallega: la Frouseira, donde el bultre tuvo su nido, el caballo de bastos de la baraja militar gallega, Pardo de Ceila, el Mariscal; allí aguantó por tres años la embestida de aquel vasco-francés Mudarra, mercenario. Salimos de Ferreira a Foz, a vibrar el mar, a continuar hacia Vivero por la costa. Otra vez el tremolar de la marina. Cangas, Nois, Fazouro, donde el Ouro llega al mar. Aquí se pescan los más felices reos, con la misma carne rosada de la rosa que llaman princesa de Caraman-Chimay. Cirro. Unos pocos kilómetros tierra adentro, y estamos en Sargadelos. Está allí, para los ojos emocionados, como una porcelana verde, uno de los más bellos paisajes románticos de España. Está el pazo de Ibañiz, con su cenador; dicen que Goya estuvo aquí. El bosque, la casa del administrador y el estanque, toda la vieja factoría en el silencio...

Cillero de Vivero: puerto pesquero, fabricas de conservas. Y Vivero. Su nombre viene de «vivarius», el nombre del castor. Los habria, los acuáticos ingenieros, en el Landro. Iglesias románicas: San Pedro, Santa María del Campo. Puerta para el César Carlos y puente sobre la ría. En Cobas, en otoño, cuando la playa queda desierta, se puede oír cantar la sirena del Norte. La oyó Nicomedes Pastor Diaz, príncipe del romanticismo. Comemos en Vivero excelente marisco e irreprochables carnes. El

dulce vivariense siempre ha tenido fama. De aquí y de Santa Marta eran las más ilustres colinetas, ese dulce toscano que vino, no sé por quien traído, a alegrar los paladares de aquí.

Tierra adentro, por Oro y Muras, alzándonos por altas sierras bravas, vamos a alcanzar Villalba. Tres cosas tiene Villalba: el castillo de los señores de Andrade, las zuecas chincas y el queso de San Simón. Las zuecas chincas son eso, una chinería, un alegre, blanco, perfecto calzado. Yo os digo que si hubiera Reina y señoras infantas en Galicia, y hubieran de calzar de corte ciertos días del año, calzarían zuecas chincas, y se diría de ellas en todo el mundo, «las bien calzadas». Y el queso de San Simón, dorado al humo de la corteza del abedul, con la forma solemne de los pallores de paja centena y trigo de la tierra.

Podemos seguir para Lugo directamente, atentos a ver a mano izquierda el muñón feudal de Calda Loba, y cruzando la antigua tierra de Saavedra, que en su nombre lleva la añoranza agraria. Pasamos a cien metros de la ermita de los Milagros, donde es, en memoria, una de las más hermosas romerías lucenses. O podemos ir dando la vuelta por Cospeita, contemplando la laguna en la que vuelan el mergo y el pato azulón. Y en Rabade pasamos el Miño padre fluvial del reino nuestro, quien camina ordenando las tierras en poderosas y curvadas colinas. Y atardece viendo a lo lejos las torres de Lugo perdidas entre el lusco y el fusco. La Terracha, ese poema de Iglesia Alvarino, esa fama quieta en la que se espejan unos abedules, esos dilatados horizontes, nobles centeeiras y tierras de holgado, se va con la dorada tarde.

«Nos curros de Aldoar
«Nos curros de Aldoar
dormiu esta noite o vento coa [Oreada]

Dormiré. Allí duermo cada día. Por romanes puertas, es igual que hayan sido abiertas hace poco, que hayan sido reconstruidas, que sean medievales portillos, entramos los provinciales y los pasajeros a la urbe. Desborda la ciudad la cerca romana, pero entrar en Lugo es pasar por puertas a donde fueron el foro y los templos, a donde son hoy la Plaza y la Catedral. Quizás aun te queden, no más llegar, unos minutos al viajero para subir a la muralla por la puerta de Santiago, y ver desde ella como dice adiós la mano del sol que se va sobre la tierra oscura de los condados antiguos, Pallares, Monteroso, Amarante... El Miño, allá abajo, es un enorme buey de plata.

Tercera jornada

Hay que gastarla entera en Lugo. La Catedral, con el Señor Sacramentado perpetuamente expuesto. Nuestra Señora de los Ojos Grandes, esa emocionante imagen. Las calladas capillas con solemnes enlramamientos pétreos. El maravilloso Cristo sedente en la puerta, una de las obras maestras de mi museo íntimo.

Y pasearle la cintura a la ciudad por la muralla. Desde la puerta de San Pedro, yo me pasmbada de rapaz, viendo a lo lejos las cumbres nevadas de los Ancares.

Y visitar el Museo, de tan excepcional instalación, y tan rico y puesto. Y bajar al río, donde fueron las termas de los señores romanos, artríticos y perléuticos.

En Lugo siempre es buen día

ALVARO CUNQUEIRO MORA nació en Mondoñedo. Cursó estudios en Lugo y Santiago, y desde muy joven dedicó su actividad a la literatura, escribiendo libros en los que deja adivinar su firme vocación poética. En Mondoñedo dirigió durante algún tiempo la publicación de unos valiosos «Papeles de Color», con aportaciones originales a la poesía gallega. Dedicado al periodismo, figuró en las redacciones de «El Pueblo Gallego», «El Pensamiento Navarro» y «ABC». Dirigió en San Sebastián la revista «Vértice» y «Arte y Letras» en Madrid. Colaboró en numerosos periódicos, y revistas de España y América. Actualmente mantiene una colaboración regular en varios periódicos, entre ellos EL PROGRESO, así como en la radio.

Es autor de varios libros, entre los que recordamos «Poemas de Si e do Non», «Castigalona, que se chama riveira», «Merlin e Famiña», que ha sido traducida recientemente al castellano por el autor, «As crónicas do Sochantre», «San Gonzalo», «El Caballero, la Muerte y el Diablo», etc., así como pequeñas novelas en la editorial «Vértice», en «Fantasía» y otras publicaciones. Ha editado también, con originales ilustraciones del autor, una traducción de algunos poemas de Hebelstein.

Su producción, ya numerosa, se atempera con su actividad de conferenciante, habiendo pronunciado varios en centros universitarios de Madrid y Oporto; en los Cursos de Verano de La Coruña; en Lugo, Betanzos, Salamencia, etc., considerando sus conferencias y los volúmenes en que ha tomado parte, en especial con el periodista Casimiro, como expresiones bellísimas de poesía y de arte.

Sus artículos y sus libros, merecen siempre, con el dato que aporta la erudición, la imagen poética original, unida a un lenguaje depurado, que es un alarido estilístico. La crítica le consideraba como uno de los valores literarios más puros de la generación actual, y actualmente tiene en prensa nuevos libros «Las misceláneas de Ulises» y «Dom Hamlet, príncipe de Dinamarca».

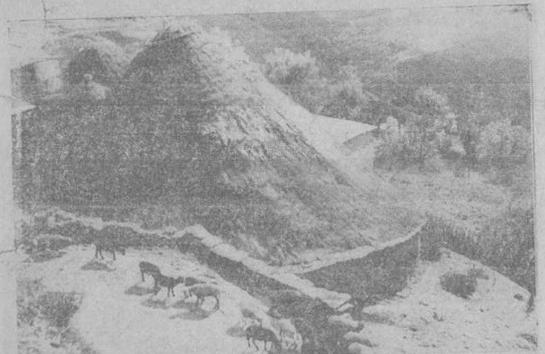
para el pulpo ferial. La mesa lucense es abundante y serla: anguilas, lacón y jamón asados, caza varia. Los vinos, aun los más ligeros y sueltos gallegos, se contagian aquí de la «gravitas» romana.

Quizás Lugo aun no se haya dado bien cuenta de que ha nacido, vivido y muerto en su ciudad, aun no tiene seis meses de tierra sobre el pecho y la boca, uno de los mayores poetas gallegos de todos los tiempos: Luis Pimentel. Me agradecería poder decir al viajero: «En Lugo puede usted visitar, en tal parte, la sala Luis Pimentel. Allí, presididos por un retrato del poeta, están sus recuerdos, sus libros, sus autógrafos». Lugo tiene que hacer realidad este deseo. Las ciudades tienen la obligación moral de recordar. Panton dixit.

Cuarta jornada

Hay que ir a ver Portomarín, el Hospital, el roto puente, la villa, antes de que las aguas del Miño, represando, lo cubran todo. Santa Cruz de Loyo, donde fueron

(Pasa a quinta página.)



Una casa típica de Cervantes, la «terra de los cervos», a la que Cunqueiro dedica bellos párrafos en este reportaje



Sencillos, pero majestáticas columnas romanas, abren este porche en un rincón típico de Portomarín

LA ELEGANCIA, SEÑORA, SIEMPRE EN

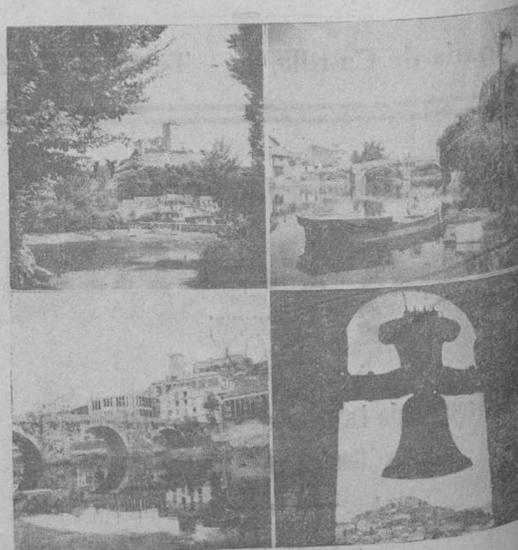
Filigrana

QUE LE OFRECE SUS EXCLUSIVAS EN GENEROS DE PUNTO:

Mallerich, S. A. - Escorpión - González y Fillat

Y la más completa gama de novedades para su ajuar

Calle José Antonio, 17 - Telf. 32-22 - LUGO



Tres vistas paisajísticas y un contraluz casi sonoro en tierras de Montaña de Lemos, otra de las etapas del viaje lírico de Cunqueiro a través de la provincia luguesa